

BIBLIOTECA NACIONAL
 R. 148 - SN
 A 2 - E - 2 -
 Quito-Ecuador

800. 2 (366) Mat. alb.
 1133

UN DRAMA

EN LAS

CATACUMBAS

BIBLIOTECA NACIONAL
 QUITO - ECUADOR
 COLECCION GENERAL
 Nº 9656 AÑO 1993
 PRECIO DENACION

Tragedia en cinco actos y en verso,

POR

Julio Matovelle.

004227-J.

FUE REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EL 26 DE FEBRERO
 DE 1876 EN UNA SESION SOLEMNE DE
 "EL LICEO DE LA JUVENTUD" DE CUENCA.

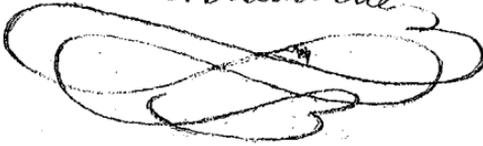


CUENCA.

M. Sr. Luis Gutiérrez

su decidido amigo
ca. agosto 1877.

J. Malovelle



DOS PALABRAS.

Al dar á luz la presente obrita, queremos criticarla nosotros, ántes que nadie, puesto que también somos los primeros en reconocer su poca ó ninguna importancia. ¿Por qué, la publicamos entónces?— A explicar esto van encaminadas las *dos palabras* propuestas.

Niños éramos todavía cuando leímos la célebre *Fabiola* de Wiseman, y al encanto inexplicable que su lectura produjo en nosotros, se excitó el deseo de mirar en las tablas esas tiernas y bellísimas escenas de los primeros tiempos del cristianismo. Al efecto, arreglamos un mal zurcido drama, en prosa, con el título de *San Nazario, ó el cristianismo de las Oatácumbas*. La travesurilla apenas si circuló por algún tiempo entre los compañeros de colegio; y luego quedó olvidada para siempre, como debía suceder.—El 26 de febrero del año pasado debía tener lugar una sesión solemne de “El Liceo de la Juventud”, para celebrar á nuestro modo la publicación de “La Luciérnaga”; para entónces, en nuestro intento de que todo en aquella sociedad habia de ser nuevo, teníamos proyectada la representación de un drama original, sobre un asunto patrio; mas el tiempo avanzaba con mas rapidez que la tragedia que apenas llegó á contar dos actos. En tal aprieto, acudimos á nuestro *San Nazario*, modificámos un tanto su plan, lo pasámos de la prosa al verso, y á poco fué á dar... en las tablas.—He aquí explicado uno de los motivos de la presente publicación: los recuerdos de la infancia.

Segundo motivo, y el principal:— El Liceo, y toda la juventud cuencana deben mucho al señor dor. Luis Cordero; por haber sido este ser. uno de los pocos que voluntariamente se han prestado á dirigir los pasos de la adolescencia en los senderos de la literatura. Cuando se fundó la “Sociedad de la Esperanza”, fué elegido unánimemente el dor. Cordero para director de ella; cargo que lo aceptó con extraordinaria benevolencia, y lo desempeñó mas allá de lo que los electores se habian prometido. Desde entónces, y ántes de esto, el literato que nos ocupa ha sido siempre uno de los mas decididos por el adelantó literario de la juventud cuencana.— Entre estos monitores de nuestra literatura, merece un lugar muy distinguido la nunca bien loada Compañía de Jesus; y entre los miembros de ella que mas indelebles y gratos

recuerdos han dejado en nuestros Colegias, ocupa á su vez, un lugar eminente el R. P. Teódulo Várzea: uno de los títulos que para ello tiene, es el de haber fundado "La Academia literaria de S. Luis", que desgraciadamente terminó con su separacion de Cuenca.—Por lo que se ha dicho, se comprende cuán justo era, que el Liceo dedicase al sor. dor. Cordero el dramita en referencia: don baladí de un muy grande afecto y reconocida gratitud. Mas lo que de ello resultó fué, que el dor. Cordero se empeñó en que el drama se habia de dar á luz tal como fué representado; y así ha sido: á su generosidad y empeño se deba la presente publicacion.

Por lo anteriormente indicado se verá, que sobra razon para que tal cual reminiscencia de la Fabiola, ó otra obra parecida, resalte en "Un Drama en las Catacumbas." No nos atrevemos á negarlo.—*Las Catacumbas* del conde de Fabra-quer nos ha servido tambien mucho para las citas históricas y topográficas que nos ha sido necesario emplear.

Y vaya esto de critica, ya que la literaria del país no está á mas altura que la desgraciada Sevilla del Oro, en el interior de nuestros bosques de oriente. ¿Ni cómo habia de ser? Las bellas letras son como una bandada de tímidas torcaces que buscan para posarse los sitios amenos y la estacion primavera: cuando ruga el trueno y se desata la tormenta, emigran á otros países en busca de otros climas y otros aires. ¿En el Ecuador?... ¡Ah! la política es como el tremendo Cotopaxi que encubre todo con un sudario de ceniza; que destruye todo, y nada edifica... á no ser montañas de lava, como esas que se miran orillas del Pataje. ¿Las flores? se crian en la frescura de los bosques, no en el cráter de los volcanes. Gemir se puede entre nosotros, como Jeremías; pero cantar no, á no ser que se tenga una melancólica lira de Osian, ó el genio escéptico de Byron.— Critica literaria vuelvo a decir;... pero á qué?; viera tanto hablar de Abd-el-kader, ó el Preste Juan.

El asunto del drama no es completamente histórico, ni el todo ficticio.— Histórico es aquel batallar de tres siglos, en que los mártires ahogaron en el océano de su sangre el soberbio coloso del imperio pagano. Entónces, como ahora, la impiedad y los vicios movieron guerra cruda á la mensajera del Gólgota, á la salvadora Cruz. Pero ah! los que se proponian escribir un epitafio sobre las ruinas del islanismo, vieron abrirse su sepulcro al incesante batir de

los bárbaros ¿ Lo que no alcanzaron Neron ni Diocleciano, lo conseguirán Bismarck, ni los ridículos bufones que lo imitan? La Iglosia, dice Bálmes, es una planta divina que tiene las raíces en el cielo, y cubre con su copa la tierra. ¿ Quién la arrancará?— He aquí lo que significan las Catacumbas, ese primer altar del Catolicismo, esa primera basílica de la Cruz.

No son ménos históricos los nombres de los personajes que intervienen en el drama. El 28 de Julio celebra el Martirologio romano "la fiesta de San Nazario y del niño san Celso, mártires, á quienes, en la rabia de la persecucion movida por Neron, mandó pasar á cuchillo Anolino, despues de haber sido mucho tiempo maltratados y afligidos en la cárcel." El conde de Fabraquer menciona tambien á otro niño san Celso, que fué martirizado con otros siete hermanos suyos en Roma, en la décima persecucion. Venustiano era gobernador de Toscana, cuando fué convertido por el Obispo Sabino, y poco despues padeció el martirio por órden del emperador Maximiano.

Nada inverosímil es por tanto, en escena, la conversion de un prefecto de Roma. Mártires cuenta el cristianismo no sólo en las clases populares, sino tambien en las mas elevadas de la ciencia, el nacimiento y los destinos. Allí están para probarlo: Flavio Clemente y su familia, el senador Apolonio, y otros ciento que prefirieron la gloriosa infamia de la Cruz á la infame gloria del absurdo paganismo. Honores, tesoros, placeres, todo lo sacrificaban esos generosos cristianos, ántes que renegar de sus creencias. En Arles el notario Lenés, que no era mas que un jóven catecúmeno, se niega á extender una órden dada contra los cristianos, arroja contra las plantas del juez las tablas de escritura, y prefiere morir ántes que cooperar á la publicacion de una órden infame. ¿ Cuántos otros ejemplos parecidos no nos enseña á cada paso la historia eclesiástica? Toda una ciudad de Frigia, con mugeres y niños, fué quemada porque no quiso obedecer el sacrilego edicto de adorar á los ídolos. ¡ Qué tiempos! qué fé! qué valor! Cierta, que no faltaron apóstatas, y sobraron *libeláticos*, llamados así, porque compraban á los magistrados ciertos libelos ó cédulas, para que no se les persiguiese; pero en cambio, cuántas virgenes tiernas y fervorosas adolescentes no arrojaron intrépidos el furor de los tiranos!

La historia de la Cruz es una sublime epopeya que principió en el Gólgota y ha de terminar en los esplendores del paraíso. Lo que ocurría en los tiempos de Neron,

está pasando ahora; sólo que hay esta diferencia: que entonces eran paganos, y ahora son cristianos, los que persiguen á la Iglesia. De resto no faltan las cobardes mentiras, ni hipócritas motivos, ni destierros, ni hogueras, ni confiscaciones, ni coliseos? ¿Dónde hay sobre la tierra, un solo punto en que pueda descansar el arca del Señor, batida sin tregua por el diluvio de la iniquidad? Pero ah! si ahora, como en tiempos de Galerio, hay apóstatas y libeláticos, hay tambien fervorosos católicos que sacrifican tesoros, honra y vida en las aras de la fé. El miedo es la enfermedad de la época, el miedo es el cáncer que devora á los espíritus y anonada los caracteres; el miedo, es el lazo infernal que hace inclinar las cervices al látigo de todos los despotismos; pero vosotros, los cobardes, apóstatas y libeláticos, alzad el rostro y ved. ¡Qué espectáculo tan digno de ángeles no presenta hoy la aguerrida falange del episcopado católico! En Prusia como en Italia, en Colombia como en el Ecuador, mirad á los sucesores de Ambrosio y de Crisóstomo siempre luchando, pero nunca derrotados; siempre valerosos, jamas con miedo; espirando en los tormentos del martirio, pero ni uno solo vencido ante las aras de la apostasia. Y luego, ¿no os habeis enorgullecido de ser católicos, no habeis sentido inflamarse el pecho de amor y admiracion, ante la colosal figura de Pio IX, milagro del siglo, gala de la historia, timbre del papado? Oh! yo no puedo nombrar á Pio IX sin inundar de lágrimas mis ojos, sin desmayarme de amor, orgullo, gozo, admiracion y pena. Atad á Bismarke y Cavour y Mazzini, y á todos los héroes de las sectas, ante los pies del venerable anciano, y vereis lo que son las hormigas ante el trono del águila. Oh! yo no daría una sola de las espinas que dilaceran las sienes del Profeta del siglo XIX, ni por todos los laureles de Marengo y Austerlitz.

Basta: hemos concluido. Los que teneis una lira y pulzais una cítara, no las escondais en lo profundo de la tierra: cantad las luchas de la religion y la patria, animad á los mártires en medio de las hogueras. Hoy, que los poderosos del siglo derrocan á la cruz de las coronas y palacios, hoy que la destierran del mundo de los ferrocarriles y telégrafos; vamos á buscarla en el Gólgota, vamos á cantarla en las Catacumbas.

Cuenca, julio 10 de 1877,

JULIO MATOVELLE.

AL DISTINGUIDO LITERATO,

S.^a D.^a Luis Cordero:

En testimonio de gratitud, estimacion y respeto,
dedica este humilde ensayo dramático,
a nombre del "Liceo de la Juventud",

S. a. a. y. s.

Julio Matovelle.



PERSONAJES.

VENUSTIANO, <i>prefecto de Roma y padre de</i>	BALBINO, <i>Soldado.</i>
CELSE, <i>jóven amigo de</i>	CRISANTO } <i>cristianos.</i>
JUSTINO.	TRODOTO }
TORCUATO, <i>cristiano renegado.</i>	MUCHEDUMBRE DE NIÑOS Y
SABERO, <i>soldado.</i>	ACOMPAÑANTES CRISTIANOS.

La acción pasa en Roma, en los primeros años del imperio de Dioclesiano. El teatro, en todos cinco actos, representa uno de los subterráneos de las Catacumbas, atravesado por dos galerías, la una que empieza en el foro y va perdiéndose lejos, al frente de los observadores; la otra que se dirige a la izquierda, y se supone ser la que guía á la salida de las Catacumbas. Todas las paredes del teatro estarán cubiertas de epítafios é inscripciones sepulcrales, sobre las cuales aparecerán colgados varios instrumentos de martirio. Entre la galería del foro y la pared de la derecha se verá dibujada, en lo alto, una gran lápida, en la que estará escrito con grandes letras: **FABIA**. Sobre esta lápida arderá una antorcha, única luz del escenario.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

TORCUATO, SEVERO Y BALBINO.

(Al correrse el telon, asoma Torcuato, por la izquierda, conduciendo de la mano á sus dos compañeros.)

TORCUATO.

Detengámonos aquí.

SEVERO.

¿Qué nos impide pasar?

TORCUATO.

Es necesario observar.

¿Escuchais aquello.....?

BALBINO

Si.

(Se ilumina ligeramente la galería del foro y se escucha á lo lejos canto y música, que callan luego.)

SEVERO.

¿Que significa ese son?

TORCUATO.

Que estos cristianos malditos,
Conforme a sus torpes ritos,
Van paseando en procesion.
Irán a dar sepultura
Al cadáver de un sectario,
Con el culto funorario
De esa religion impura.
Estemos aquí un momento,
Hasta que pase el tumulto,
Que es de temer un insulto,
Si sigue el atrevimiento.

SEVERO.

Estemos.

BALBINO.

Sí, que es prudente.

TORCUATO.

Mas que el tigre y la pantera,
Suspica y traicionera
Es esta terrible gente.

SEVERO.

¡Bah! de esto no tengo susto,
Antes bien me enciendo en ira;
Lo que me aterra y admira
Es este lugar adusto;
Son estas lúgubres tumbas,
Estas tristes galerías,
Solos, inmensas, sombrías
Que se llaman *Catacumbas*.
En la cuna del imperio,
Este ignorado recinto,
Subterráneo laberinto,
Fué de esclavos cementerio.

BALBINO.

Y ¿quién de pensarlo había?
En los cimientos de Roma
La secta cristiana toma
Tanto vigor y osadía!

SEVERO.

Y dime, ¿cómo, Torcuato,
Este lugar conociste?

TORCUATO.

La historia de ello es muy triste;

Temo hacerte su relato.
 Compadéceme, ¡oh Severo!
 ¡Lástima ten de mi suerte,
 Que digno soy de la muerte!
 Mas todo contarte quiero.
 Cierta vez, imbécil, loco,
 Ser cristiano pretendí,
 Y mi pretension cumplí
 Bautizándome, hace poco.
 Cristiano, dicen que soy,
 No lo niego; mas te añado,
 Que ante un ídolo sagrado
 Mañana a postrarme voy.
 A Vénus amo, no a Cristo,
 Que su cruz es muy pesada;
 El cilicio no me agrada,
 Para el placer estoy, listo.
 Mi crimen quiero purgar,
 Delatando a mil cristianos;
 Yo mismo, yo, con mis manos,
 Les ofrezco atormentar.

SEVERO.

Muy buenos designios tienes,
 Torcuato amigo, te alabo;
 Sabe llevarlos a cabo
 Y obtendrás cuantiosos bienes.
 Buen principio tengas ahora,
 Entregándonos a Celso.

TORCUATO.

Juro a Júpiter excelso
 Que lo tendreis sin demora.
 Silencio! que ya otra vez
 El canto vuelve a sonar.

BALBINO.

Oigámosle sin chistar....!

TORCUATO.

Y sin mover aun los piés.

(Va aumentando gradualmente la claridad con que se ilumina la galería del foro, y se hacen mas perceptibles la música y el canto. En seguida, se ve que atraviesa a lo léjos una procesion fúnebre, con hachas y ceras encendidas, conduciendo al centro un endávor) [Disminuye despues, poco á poco, hasta apagarse la claridad, y cesa al mismo tiempo el canto, cuyas letras es la siguiente :

CORO.

Escala el cielo, vírgen hermosa,
De lirio y rosa ceñida vas:
Mártir heroica, rosga las nubes,
Y entre querubés te sontarás.

ESTROFA PRIMERA.

Con lirios y nardos,
Del púdicó esposo
El tálamo hermoso
Ornad con primor;
Ornad, que una vírgen
Celebra hoy su boda,
¡Oh Sion, salid toda,
Que la hora llegó!

ESTROFA SEGUNDA.

La túnica nívea,
Con sangre bañada,
Ostenía la amada
Mas pura que el sol;
El cingulo hermoso
Purpúreos reflejos
Despido á lo léjos
Cual gajo arrebol!

Mientras dura el canto, los tres interlocutores hablan en secreto, mostrando azobra á inquietud; al cesar el canto, continúan hablando en altavoz).

TORCUATO.

Cosa el canto.

BALBINO.

Yo temía
Que á nosotros se vinieran.

SEVERO.

Yo deseaba, por que vieran
Mi potencia y mi osadía.

BALBINO.

Y dime, Torcuato, ¿es cierto
Que el jóven Celso es cristiano?

TORCUATO.

No do cortarme esta mano,
Si sale falso mi aserto.

SEVERO.

¿Cónque el hijo del prefecto
Cristiano tambien? ¡ Qué cosa!
Esta noticia curiosa
Va á tener un gran efecto;
Pues sé que el emperador
Quiere dar este destino
Al pérfido Maximino,
Que es un astuto traidor.

BALBINO.

Y este, que medita el modo
De perder á Venustiano,
Viendo que su hijo es cristiano,
Lo habrá conseguido todo.
Si sale bien la tramoya,
Hacemos nuestra fortuna
A poca costa ó ninguna,
I allá que se queme Troya!
Para lograr este empeño,
Vinimos á estas cavernas,
Donde entro sombras eternas
Moran los dioses del sueño.
Grande paga has de tener,
Torcuato, por tu servicio,
Si á este Celso en un suplicio
Le conseguimos poner.

TORCUATO,

El frecuenta este lugar,
I no tardará en venir ;
El mismo os sabrá decir,
Cuál es su culto y altar.
Yo le hablaré en altas voces,
Vosotros estad ocultos,
I escuchareis los insultos
Que lanza contra los Dioses.

SEVERO.

Hoy degollé con mi mano,
A cierta jóven romana,
Por sacrilega cristiana
Contra el Númen Soberano ;
En las gemonias expuesto
El cadáver fué por mí ;
Mas á robarle de allí
Alcanzó un cristiano presto.
Como este crimen nefundo
Con la muerte se castiga,
Con grande anhelo y fatiga
Estoy al ladron buscando.
Mira, Torcuato, si puedes
Delatar á este ladron.

TORCUATO.

Todo cuidado depon,
Que lo cazaré en mis redes.

BALBINO.

Advertid que vienen dos....

(Dice esto mirando á la galeria del foro.)

TORCUATO.

[Con inquietud]

Ocultaos pronto... os ruego... ?
¡Como está dicho. Mas... luego;

Que no os divisen, ¡ por Dios !

[Se ocultan los dos soldados en la galería de la izquierda, mientras que por la del foro salen Celso y Justino y se encuentran con Torcuato.]

ESCENA SEGUNDA.

CELSO, JUSTINO Y TORCUATO.

TORCUATO.

Hermanos salud.

CELSO Y JUSTINO.

Salud.

(Celso y despues Justino le abrazan y le besan en la mejilla.)

JUSTINO.

¿Qué meditas solitario?

TORCUATO.

(Con vacitacion.)

El misterio del Calvario....

La caridad...la virtud....

CELSO.

Tu ausencia, hermano de mi alma,

Noté en la oracion de nona.

TORCUATO.

Una ausencia se perdona,

Al no ser por ocio; calma....

JUSTINO.

Esta ha sido grande fiesta:

Entre un himno que entonamos

Las reliquias sepultamos

De una mártir que modesta....

TORCUATO.

Una mártir!

CELSE.

Mártir, sí:

De esa función nos venimos,
Hace poco que estuvimos
En ese entierro.

TORCUATO.

Ay de mí!

Junto á esas reliquias santas,
Hubiera querido orar.

CELSE.

Ocasion es de alcanzar
Gracias de Dios ¡tantas, tantas!...
Y oh! qué gran mártir, hermanos,
La que hoy ha muerto por Cristo,
Otra mas santa no he visto
Entre todos los cristianos.
¡Oh qué virjinal pureza!
Oh qué candor, qué dulzura!
Era un ángel de hermosura
Y no de humana pavezca.
Con un valor sin ejemplo
Los ídolos conculcó,
Y airada los destrozó
En su mismo altar y templo.
Yo gustoso libérté
Las reliquias venerandas
De las gemonias infandas
Do expuesta la mártir fué.

TORCUATO.

Permitidme un solo instante,
Dentro de poco regreso.

JUSTINO.

Te vas Torcuato? ¡Qué es eso?...!

TORCUATO.

(¡Gozoso voy!... delirante!)

CELSO.

El pobre va conturbado;
Tal vez algo le importuna.

JUSTINO.

Alguna desgracia, alguna...
Le tendrá sobresaltado.
Te paras en el camino?
Sigamos, pues, continuemos.

CELSO.

Aquí un momento estaremos,
Si te parece, Justino.

JUSTINO.

Hágase como lo quieres.

CELSO.

A tí que sobre este suelo,
Eres mi dulce consuelo,
Y mi paz y mi dicha eres;
En esta ocandida parte,
Dónde ni una moesa zumba,
Al pié de esta amada tumba,
Athelo por revelarte
Ay! los secretos que abrigo
Entre acilar de afliccion.

JUSTINO.

¿ Secretos?... mi corazon
Los guarda bien, caro amigo.

CELSO.

Oh! mi Justino amado,
Yo no sé qué presiento,
Parece que me voy ya de tu lado
Y se mezclan, en mí, pena y contento!
Con ansia, en estos días,

Pido a Dios el martirio,
Y pienso en mi ilusión y mi delirio
Que escuchadas serán las voces mías.
Huérfano soy en el mundo,
Bajo esta leza está mi tierna madre,
Huella la tierra con desden profundo,
No hay dicha que me cuadre,
Sólo en el cielo mi esperanza fundo.
El saber, las riquezas y la gloria
Desprecio como a lodo;
La púrpura y el cetro son escoria
Y es todo necesidad, y vano todo.
Este valle de abrojos
Es de duelo y pesar perenne feria;
Mi tesoro es el llanto de mis ojos,
El haber de mis padecimientos la miseria.
¿Ni qué abundancias alcanzara el suelo?
Oh vámonos, por fin, vamos al cielo!

JUSTINO.

¡Oh Celso, amigo mío!
¿Por qué apenarme intentas de este modo?
¿Has visto en mi desden?: visto desvío?
Tú eres mi gozo, mi consuelo y todo;
En tí mis dichas y esperanzas fio.
Amigos en la escuela,
Amigos en la Iglesia y en la casa:
Y pretendes dejarme? Esto me hiela,
No sé lo qué me pasa!

CELSO.

¿Qué te afliges Justino? Te entristeces?
¿Temes dejar la tierra
De el llanto y el dolor solo se encierra?
¿No eres cristiano acaso?

JUSTINO.

Ah! me duele quedarme en este mundo
De la carne en el lazo,

Para perversos como yo no se hizo
Del mártir la corona del Paraíso.
Tu tienes de irte al cielo,
Y yo tengo de hollar el barro inmundo
De este desierto suelo.

CELSO.

¡ Oh cálmate Justino!
¿Quién sabe cuál será nuestro destino?
Tal vez Dios satisfaga
Tu ferviente deseo, mas no el mio:
En mi la voluntad divina se haga!

JUSTINO.

¿Son estas, Celso, las secretas cosas
Que anhelas decirme?

CELSO.

Hay otras mas recónditas y hermosas
Óyome atento, resignado y firme.
Anoche como siempre en mi costumbre
Vive a avivar esta lumbre
Que se arde en el sepulcro de mi madre.
Púseme a orar despues, pero rendido
De un abrumante sueño,
Sin poderlo evitar quedé dormido.
Un extraño espectáculo mis ojos
Entónces contemplaron:
Desde el cielo una escala descendia,
Mi madre en lo mas alto descansaba
Con rostro de alegría,
Y con voces muy tiernas me animaba
A que ascendiera por la escala umbría.
Mas al pié de la escala recostados
Estaban monstruos, tigres y panteras,
A tragarse a una víctima alentados
Jirando en torno sus miradas fieras.
Yo aterrado a esta vista, tembloroso

No acertaba a mover el débil paso,
Y lleno de embarazo
Me angustiaba en extremo;
Cuando entónces mi padre bondadoso
Vino a darme su ayuda,
Con ella de las fieras, animoso,
Subí pisando la terrible escala.
Y oh prodijio ! las fieras se rindieron
Como mansos corderos a mis plantas.
Lo que pasó despues, decir no puedo:
Fué cosa inaccesible a los sentidos,
Un éxtasis, un raptó celestiales,
En que el ánimo lodo
De gozos se embriagó no comprendidos
Por los hombres mortales.

JUSTINO.

Qué mas ¡oh Celso mio! Basta, basta,
Me sale el corazon fuera del pecho:
Te vas, Celso feliz, ésto es un hecho.
Ese sueño o portento es el preludio
Que anuncia tu martirio;
Y oh ! que tu madre me alcanzara pia
El que te haga tu amigo compañía !

CELISO.

Y oh! que fuera verdad lo que me dices!
Que lo fuera, Justino !
Ya qué mas anheláramos felices ?
Pero no: que mi gloria es fingimiento
Y mi padrely mi padre! y Venustiano?..
Conviértele, Señor, que aún es pagano
Y oh pena ! y oh tormento !
Perseguidor acérrimo y sangriento
Del renombre cristiano.
¡Oh Justino! oh Justino! no te olvides
De pedir al Señor por Venustiano.

JUSTINO.

Haciendo, Celso mio, lo que pides,
Cumplo un deber de amigo y de cristiano.
Adios, adios hermano!

(Se abrazan y despiden.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

CELSO.

(Al descorrerse el telon aparece Celso postrado ante la crypta de Fabia, mientras se entona la cancion siguiente:

ESTROFA PRIMERA.

¡ Oh jóven heróico !
Valor y constancia,
Que a corta distancia
Notas del Eden.
Valor que está listo
Tu trono luciente,
Y un laureo esplendente
Se apresta a tu sien.

ESTROFA SEGUNDA.

Qué breve es la vida,
Su carga tremenda,
Mas ya do la senda
Estas al confin;
Valor que ya acaban,
El duelo y el llanto
Y empieza el encanto
Y el gozo sin fin.

(Al terminar el neto se levanta Celso, como soñoliento y cual si recordara de un sueño.)

¿ Qué es ésto; qué?... Yo deliro ?
¿ Dónde estoy ? Junto a que tumbas
Son estas las catacumbas?.....
Qué es ésto? Qué es lo que miro ?

Hace un instante me hallaba
En el circo entre panteras,
Y me cercaban las fieras,
Y un javalí me acosaba.
Y entre un inmenso jentío,
Y entre sangrientos despojos,
Levantaba yo mis ojos,
A Dios que es amparo mío.
Y allá en el cielo, entre nubes,
Mil vírgenes se asentaban
Me miraban y animaban
Los ángeles y querubés.
Y en medio de mi agonía,
Todo en mi sangre bañado,
Me esforzaba reanimado
Con el canto que decía:

“ Valor, tierno jóven,
Valor, caro Celso,
Que dulce el Excelso
Mirándote está

.....
Valor que ya acaban
El duelo y el llanto,
Y empieza el encanto
Y el gozo sin fin. ”

Y en ésto se desvanece
Esa ilusión, ese ensueño;
¡ Oh torna a mis ojos, sueño,
Que mi ánimo desfallece !
Madre mía, madre mía,
Fabia, tú, mi madre amada,
Ven socórreme en mi nada,
Y alienta mi cobardía.
Y ¿ tengo yo de alcanzar
Del martirio la corona ?
Aquí el alma me abandona,
Siento un pavor !..... un posar !.....

Cómo no temblar de miedo;
Yo imberbe jóven luchando
Con las fieras ? ¿Cómo: cuándo...
Y en el circo?... No: no puedo.
Y mi amado y tierno padre?...
¡ Perecerá de dolor
Sin el Celso de su amor,
Sin la ayuda de mi madre !
¡ Cielos santos si muriera
Despues de verlo cristiano;
Pero qué... si es un pagano
Que se ha convertido en fiera!
Oh Dios potentel oh Dios mio!
En este acerbo dolor,
Dáme fuerzas y valor,
Sosténme, sosténme pio.

ESCENA SEGUNDA.

CELSO Y JUSTINO.

[Aparece Justino por la galería de la izquierda
y sorprende a Celso absorto en sus reflexiones.]

JUSTINO.

¿ Qué haces Celso ? ¿ En qué meditas?
En qué te ocupas, qué piensas?...
Estás triste?... ¿ Qué te aflige;
Qué pesares son, qué penas?

CELSO.

Nada, Justino.

JUSTINO.

¿ Qué! nada ?
Celso, de mí te recolas?
¿ Olvidas que soy tu amigo,
Y que son mias tus penas?

CELSO.

Es la suerte de mi padre,
Justino, lo que me inquieta;
Dime si no hay justa causa
Para mi triste reserva.

JUSTINO.

Es cierto, pero conviene
Hacerse de ánimo y fuerza,
Y orar mucho á que del cielo
El supremo auxilio venga;
Y en verdad que sobran ahora
Motivos para querellas,
¿Sabes lo que hay?

CELSO.

¿Qué es lo que hay?...
Cómo quieres que lo sepa,
Si de aquí no me he apartado
Desde anocho.

JUSTINO.

Pues comienza
La mas cruel persecucion
Contra la Cruz y la Iglesia.
Dioclesiano ha logrado
Gran victoria de los Persas,
Y agradecido á sus Dioses
Del éxito de la guerra,
Ha jurado aniquilar
La santa religion nuestra.

CELSO.

¡Que Dios en este peligro
Nos ayude, y fortalezca!

JUSTINO.

Si hasta ahora todos los mártires
Por millones se enumeran,

Desde esta persecucion
 Serán mas que las estrellas;
 Puesto que el César Galerio,
 En su edicto de hoy, ordena
 Que á todo cristiano, muerte
 Sin remision dada sea.
 En el foro, en el mercado,
 En las calles y veredas,
 Ídolos se mira alzarse
 Innumerables, sin cuenta;
 Para que ningun viviente
 Ni compre nada, ni venda,
 Ni camino, ni tome agua,
 Ni la lumbre del sol vea,
 Ni viva, en fin, sin que adore
 Primero á Baco y Minerva.
 Al que delata á cristianos
 Con grandes dones se premia,
 A los que inventan tormentos
 Se ofrece mil recompensas,
 Y á los que nos favorecen
 Se les conmina con penas.
 Mil legionarios discurren
 Ya, por la ciudad entera,
 Con ansia y furor satánicos,
 Buscando á quien hacer presa.
 En fin, á la Iglesia Santa
 Arrazar, por siempre, intentan.

GELSO.

¡Bendita tu voluntad,
 ¡Oh Dios poderoso! sea
 Que segun nuestras maldades
 Nos castigas y nos pruebas!
 Mas ¡qué! ¿ Señor, los perversos
 Vencerán tu omnipotencia?

JUSTINO.

De las criptas de Priscila

He venido á toda priesa,
Desde la *Via Salara*
Me extravié por varias sendas,
Para imponerte de todo,
Y prevenir la sorpresa.
Estoy aquí sin creerlo,
Aun no mi pecho se aquieta....
Felizmente, en la *Via Apia*,
Nadie ha dado con la puérta
De estas largas *Catacumbas*
De *Callisto*.

CELSO.

¿Qué se ordena
Hacer, ahora, á los cristianos?

JUSTINO.

Orar á Dios, y prudencia,
Y que se buya del peligro
En cuanto y como se pueda.
Nuestro pontífice Cayo
Ha nombrado á los que déban
Prestar auxilio á los mártires
En medio de las cadenas.

CELSO.

¡Si estaré contado entre ellos!
¡Oh qué gustoso me fuera,
Esclavo sor de los santos
En sus horas postrimeras!

JUSTINO.

No: guárdate mucho, Celso,
No te muestres, qua te arriesgas;
Pues, sabe quo andan en busca
Del que sacó de la afrenta
El cadáver de la mártir
Que en las gemonias fué expuesta.

Tu padre mismo promete
Un sextercio al que lo prenda.

CELSO.

Bendito Dios! si mi vida
Quiero aceptarla en ofrenda.
Oh! Justino, amigo mio,
¿Qué dicha mas grande que esta?
Ruega al cielo, mi Justino,
A que este don me conceda.
Otro favor, para entónces,
Quiero pedirte....

JUSTINO.

¿Qué esperas?
¿No sabes bien cuánto te amo?

CELSO.

Si quiere Dios que me muera,
Has de hacer tú, que me entierren
Aquí, en esta cripta, en esta....

(Indicando un sitio, bajo la cripta de Ebla.)

Pues, quiero yo que mis restos
Con los de mi madre duerman.

JUSTINO.

Cállate, Celso, te suplico,
Pues de congoja me llenas.

CELSO.

Desde que murió mi madre,
Ardió siempre esta linterna,
(Señalando la que pende de la bóveda.)
Mas si me muero no habrá
Ya quien la enciende ni encienda;
Te ruego, pues, mi Justino,
Que lo hagas tú, cuando puedas.

JUSTINO.

¡Ay, Celso, ya no resisto!
No excites tales ideas.

CELSO.

Pero lo que mas te pido,
Y ruego, sobremanera,
Es, amigo, que ores mucho,
Para que al fin se convierta
Mi padre, mi pobre padre....
(¡Oh qué tormento! ¡Oh qué pena!)
Que ciego en la idolatría
Y encenagado en su secta,
Persigue hoy á los cristianos
Con tanta saña y crudeza:
Que deja de ser prefecto
De la Ciudad Eterna,
No vierta inocente sangre,
Y, al fin, salvarse merezca.

JUSTINO.

Todo lo haré, Celso mio;
Mas, ¿es posible, me dejas?
Tú vas al cielo, y á mi
Me abandonas en la tierra?

CELSO.

Si haces lo que te suplico,
Téno ya por cosa cierta,
Que alcanzaré yo de Dios
Que te dé en breve la enseña
Del martirio.

CELSO.

¡Quiera el cielo

Que nuestra suerte una sea!

(Aparece Torcuato por la galería de la izquierda.)

ESCENA TERCERA. 13

CELSO, JUSTINO Y TORCUATO.

TORCUATO.

Salud hermanos!

JUSTINO.

Hermano!

[Se dan el abrazo de salutación.]

CELSO.

La salud de Dios nos venga!

JUSTINO.

Adios hermano. (á Torcuato.) A la misa
Vámonos Celso.

TORCUATO.

(Dirigiéndose á Celso)

¿Quisiera,
Hermano, decirme: dónde
De tarde vérselo pueda?

CELSO.

En este mismo lugar
Me estaré á la hora de sexta.

CELSO Y JUSTINO.

Pues adios!

TORCUATO.

(Con Dios se vayan)

ESCENA CUARTA.

TORCUATO, SEVERO Y BALBINO.

TORCUATO.

(Dirigiéndose á la galería de la izquierda.)

¡Ea amigos, ea, ea!

Venid hablemos, venid.

(Salen Severo y Balbino de la galería de la izquierda.)

SEVERO.

Y, pues, cómo va la fiesta?

BALBINO.

¿Algo se ha hecho en el negocio?

TORCUATO.

Mirad, si os gané la apuesta:
Os dije que aquí estarían,
Y ha sido al pic de la letra.

BALBINO.

Esto es broma, yo no pago.

SEVERO.

Eso fuera una torpeza;
Yo, por Cacol á los ladrones
Sé romperles las cabezas.

(á Torcuato)

Cónque vienes con embustes?

TORCUATO.

Os perdono: no haya gresca.
Ya tengo á Celso en mis garras;
La esquivá fortuna es nuestra....

SEVERO.

Bien, bien!

BALBINO.

Magnífico, bien.

SEVERO.

Mañana hay lucha de fieras
Y hacen falta gladiadores;
Así, nos viene de perla
Tomar á Celso.

BALBINO.

¡Regalo

Exquisito para hienas!
—Despues que anoche escuchamos,
En estas mismas cavernas,
La confesion que hizo Celso
De sus infames creencias,
Y de que él habia robado
El cadáver de una necia;
Me fué corriendo al prefecto,
A decirle que estaba hecha
La pesquisa del ladron,
Y en mis manos su cabeza;
Eso sí, sin avisarle
Que el ladron su mismo hijo era;
Al escuchar este aviso,
Frunció el prefecto las cejas,
Y ordenó que el pobre rico
Fuese arrojado á las fieras.

TORCUATO.

Ya que todo nos sonrío
En el curso de la empresa,
Estará bien que una cosa
Para el éxito os advierta:
Si Venustiano conoce
Que su mismo hijo es la presa,
Ha de perdonar á Celso,

Y ha de revocar su oferta.
Conviene, pues, que á este su hijo
Esta tarde se lo prenda,
Y le llevemos mañana
Al circo, con uua treta.
Bato se ha de hacer de modo
Que Celso entre infamias muera,
Y su padre Venustiano
Del cargo depuesto sea.
—Mientras la hora de la cita,
Vamos á pasear afuera,
Escogitado los medios
Para coronar la empresa.

SEVERO .

Me gusta.

BABBINO.

Puos, nos iremos.

(A Torcuato.)

Aprobamos tus ideas.

SEVERO.

Esto es hecho, Maximino
Será perfecto á la cuenta;
Y ojalá que el pobre diablo
En el cargo se sostenga.

TORCUATO.

Recordarán, mis amigos,
De la hora: la hora de sexta.

SEVERO .

Vamos, pues, á la *Viu Apia*
A jugar algunas piezas.

BALBINO.

Vámonos,

—24—
TORCUATO.

Vamos.

SEVERO.

Tenemos.

Gran plazo para la vuelta.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EL PREFECTO VENUSTIANO Y CELSO.

[Celso asoma por la galería de la izquierda, conduciendo de la mano a su padre que se presenta, en la escena, con faz abatida y melancólica.]

VENUSTIANO.

Paremos aquí un momento,
Quiero mirar esta lumbre
Que mis pupilas alumbre,
Y aliente mi abatimiento.
Por fin la claridad miro:
¡Salve hermosa claridad!
Se acabó la oscuridad,
Ahora sí en calma respiro.

CELSO.

Como ordenéis padre mío.
Paremos junto á la fosa
De mi madre y vuestra esposa.

VENUSTIANO.

¿ Sueño acaso ó desvarío ?
¿ Qué dices Celso ?

CELSO.

Que estamos

Junto al sepulcro de Fabia,
Esa romana que sabia.....

VENUSTIANO.

¿ En qué region nos hallamos?
Es ensueño ó realidad?....
¡Qué en estos antros funestos
De mi adorada lós restos
Repose: ..

CELSO.

Fabia: mira d....

(Señalando la inscripcion de la cripta.)

VENUSTIANO.

[Leyéndola.]

“ Polvo de Fabia, matrona
Patricia, y santa cristiana!”

¡ Oh Fabia, ilustre romana
De quien el Lacio blasona!
¿ Quién me diera que á mi voz
Te alzaras sobre la tumba!
¡ Ay de mí! cómo retumba
En mi alma tu último adios!
Ausente me hallaba y triste
Léjos de mis patrios lazos,
Cuando, tú, en ajenos brazos,
Fabia mia, te moriste.
Cuando regresé á mi hogar,
Mi esposa ya no existia,
Mas ay! ni su tumba fria
Me fué dado visitar.
¡ Oh quién me diera salida
De este mundo de pesares!
¡ Oh Fabia si me escuchares
Libértame de esta vida!

CELSO.

Mi amado padre, ella ha sido

La que á este lugar os trajo;
Y en vuestro rudo trabajo
De ella el consuelo ha venido.

VENUSTIANO.

Ella es, hijo mio, es ella,
Mila de esposas modelo,
Quien me guarda desde el cielo
Donde luco cual estrella.
Sabo ya, mi Celso, sabo
Que tu padre Venustiano
Es un ferviente cristiano.....

CELSE.

¡Gloria á Dios que á él solo cabe
Tan espléndida victoria!
¡Oh qué gozol! ¡Oh qué placer!

VENUSTIANO.

Junto á esta tumba á saber
Vas, Celso, mi triste historia.
Este sepulero desde hoy
Será para ti una escuela,
Desde aquí Fabia te vela,
Aquí á enseñarte yo voy.
En las Galias centurion
En el ejército fui,
Y entónacs me convertí
De Cristo á la religion.
De catecúmeno al grado
Me ví pronto levantar;
Ibame ya á bautizar,
Mas ¡ay do mí desgraciado!
Entónacs ordenó Decio
Una persecucion cruel,
Y yo temiendole á él
Apostaté vil y necio.
Obstinado en mi delito

Dejé discurrir los años,
Entre rudos descengaños,
Entre pesar infinito.
Había que esto lo sabía,
Al cielo alzaba mil preces.
Y llorando varias veces,
Conviértete, me decía.
Mas yo serdo á estos lamentos,
Continué mi errada senda,
Ahogando la voz tremenda
De agudos remordimientos.
A ella y a ti por cristianos.
Os miraba con envidia.
Haciendo, entre mí desidia,
Cien mil propósitos vanos.
Y cuando al César le plugo
Perseguir el cristianismo,
Mostréme yo, mas que él mismo,
Sangriento y atroz verdugo.
Por esto me hizo perfecto
El terrible emperador,
Pues, por vil perseguidor,
Llegé á merecer su afecto.

CELSE.

¡ Oh ! no pueden ya mis ojos
Contener su acerbo llanto;
Me llena ésto de quebranto
Y me abrumba de sonrojos !

VENUSTIANO.

¡ Ay Celso mio ! yo dudo
Que quiera Dios perdonarme
Tanto crimen; al mirarme
De toda virtud desnudo.

CELSE.

Eso no, querido padre,

Nuestro Dios es caridad,
 Confíemos en su bondad
 Y roguemos á mi madre.

VENUSTIANO.

Ahora escúshame, hijo, el modo
 Como vine á este lugar:
 ¡ Cosa es de maravillar
 Porque es prodigioso todo!
 Anoche á mi casa vino,
 Estando mi humor agriado,
 A verme cierto soldado
 Que se llamaba Balbino;
 De que era cristiano un hombre
 Hizome la delacion;
 Yo ajeno á toda razon,
 De aquel cristiano ni el nombre
 Averigué: de tal suerte
 Era mi negra amargura:
 Y con rabiosa locura
 Al punto dieté su muerte.
 Al querer dormir no puede
 Hasta que brilló la aurora,
 Porque al alma pecadora
 Ni la paz del sueño acude.
 Me levanté de allí á poco,
 Y subiendo en mi litera
 Mi congoja horrible y fiera
 Quise disipar un poco.
 Dejando el monte Aventino
 Por la Vía Apia tomé
 Y á unos sepuleros llegué
 Labrados junto al camino.
 Por endulzar mi amargura,
 La litera abandonando
 Me puse á pasear, vagueando
 De una en otra sepultura,
 En esto llegué á mirar

Olvidadas y secretas,
 Sobre la peña, unas grietas
 De un aspecto singular.
 Entre admirado y curioso
 Hacia aquel sitio me fuí,
 Y un antro profundo ví
 Inmenso, triste y umbroso.
 Confuso y meditabundo
 Me entré por el mas y mas,
 Cuando de repente, zas!----
 Bajé á un abismo profundo.
 Al descendor do la altura
 Me estrellé contra una roca,
 Y con desdicha no poca
 No ví allí mi sepultura.
 Me levanté dando un grito,
 Asiéndome de las broñas,
 Y dándome contra peñas
 De pórvido y de granito.
 La vida se me escapaba
 De terror y confusion,
 Sin saber en que region
 O en que abismos me encontraba.
 Pensaba que sin morir
 Al Averno habia bajado;
 I eché á andar desesperado
 Buscando cómo salir.
 ¡Que oscuridad tan medrosa!
 ¡Qué soledad tan horrible!
 Es imposible, imposible
 Situacion mas horrorosa!
 Me imaginaba un tropel
 De espéctros que me cercaban,
 Y pálidos me acosaban,
 Con risa irónica y cruel.
 Perdido en los subterráneos,
 Daba vueltas al acaso,
 Tropesando á cada paso

En esqueletos y cráneos.
Ya mi desgracia fué tanta,
Llegué á verme en tal extremo,
Que me puse á ahullar blasfemo,
Hasta secar la garganta.
Al cabo en el duro suelo
Me desplomé delirante;
Estaba casi espirante,
Sin ayuda ni consuelo.
Mas entónces á mi mente
Bajó de pronto una luz,
¡Ah! me acordé de Jesús
Que es la bondad en su fuente!
Y alzándome de rodillas
Y poniendo el rostro en alto,
Ya de voz y aliento falto,
Bañé en llanto mis mejillas.
Y juré que, si lograba
Salvar de ese negro abismo,
En aquél momento mismo,
La cruz amaría esclava.
Y ¡oh prodigio! en ese punto,
Oí sonar unos pasos,
Y resplandores escasos
Miré brillar: todo junto.
Y ¡oh gracia mas portentosa!
Los pasos eran de tí,
Y la lumbré era de aquí,
De la tumba de mi esposa.
Tú sabes ya lo demás;
Ahora, pues, oh! Celso, dime:
¿No es esto cosa sublime
Y celestial además?
Mira, pues, si cabe duda
En que el pobre Venustiano
Hoy se declare cristiano,
Mediante Dios y su ayuda.



CELSO.

¡Oh qué gozo, padre mío!
Oyendo estoy y no creo.
¿Es ilusión del desseo,
Es tal vez un desvario?
(¡ Oh Dios tierno y bondadoso!
Ora si moriré en calma,
Porque has inebriado á mi alma
Con inefable alborozo!)
Al Dios de Fabia ensalcemos,
Pues, tu conversion, oh! padre,
A los ruegos de mi madre
Y de tu esposa debemos.

VENUSTIANO.

Ruegos de ella y tuyos son
Los que, mi Celso querido,
A tu padre pervertido
Alcanzaron conversion.
Ven, hijo mío á mis brazos,
Ven y reposa en mi pecho,
Que en amargura deshecho,
Se está cayendo á pedazos. (Se abrazan.)
Tú eres vida de mi vida,
Mi única prenda, mi amor,
Tu calmaste mi dolor
Con tu presencia querida.

CELSO.

Padre mío! Padre amado!....

VENUSTIANO.

Toda mi familia ha muerto,
Y en este mundo desierto,
Solo mi hijo me ha quedado.
Odio tanto mi existencia,
Con tantos pesares lidio,
Que si no acudo al suicidio.

Es por tu amable presencia.
Detesto al imperio y Roma,
Sus pompas y sus festejos,
Y quiero marcharme lejos
Aunque pan extraño coma.
Mañana la prefectura
La renuncio.

GELSO.

¡Qué alegrial

VENUSTIANO.

Y á la Persia al otro dia,
Nos iremos con premura;
Do viviremos los dos
Cual fervorosos cristianos,
Sin temer á los tiranos
Sirviendo humildes á Dios.

GELSO.

Padre amado, á tus palabras
No sé qué cosa experimento;
Tú mi dicha y mi contento.
Con tus expresiones labras.
Ahora, vámonos cuanto ántes
Donde el pontífice Cayo,
Que entre el fervor y el desmayo
Median muy cortos instantes.
El Papa con dulce modo,
En la fé te ha de afirmar,
El bautismo te ha de dar;
Y en fin, él ha de hacer todo.
(Perfecciona tu obra ¡oh Fabial
Concluye lo que empezaste.)

VENUSTIANO.

Rectamente, Celso, hablaste;
Tu palabra es cuerda y sabia;

Quiero hacer lo que me diceis.
(Oh Fabia cumple tu anhelo!)

CELSO.

(Alcanza, oh! madre, que al cielo
Subamos los dos felices.)

VENUSTIANO.

Vámonos, pronto, porque
Quiero en breve regresar,
Por si pueda rescatar
A ese hombre que condené
Por ser cristiano á las fieras.
¡Adios Fabia!

CELSO.

¡Cuánto gozo!
Si á ese cristiano virtuoso
Salvar la vida pudieras. (Váncse)

ESCENA SEGUNDA.

TORCUATO, SEVERO Y BALBINO.

TORCUATO.

(Saliedo de la galería de la izquierda.)

Amigos, salid sin miedo;

(Salen Severo y Balbino.)

A nadie encuentro... ni un alma.

SEVERO.

Mirad ahí cómo ha cumplido
El tal Celso su palabra.

BALBINO.

Después de habernos andado

Casi toda la Vía Apia,
Es la hora de sexta ya,
Y Celso á la cita falta.

TORCUATO.

Le detendrá, de seguro,
Alguna imprevista causa,
Porque un cristiano no miente,
Esperemos que no tarda.

SEVERO.

Hay que dar prisa al negocio,
Que si no se desbarata.
¿No oísteis lo que me dijo
Ese viejo camarada?

BALBINO.

Qué?

SEVERO.

Me aseguró el sujeto,
Como cosa cierta y clara,
Que el divino Dioclesiano
De Roma saldrá mañana;
Y nuestra legion con él
Su irá tambien á las Galias,
A reforzar el ejército
Que custodia esas comarcas.
Conque, si hoy mismo no hacemos
Este negocio, mañana
Será tarde.

TORCUATO.

Pues prendamos
Hoy mismo á Celso.

BALBINO.

No vaya

La legion sin que el prefecto
Venustiano hoy mismo caiga.
La empresa no es muy difícil
Y es cuantiosa la ganancia.
Prendamos, pues, hoy á Celso,
Aunque despues Troya se arda.
Con prenderle está hecho todo,
Pues la sentencia está dada.

TORCUATO.

Pero hay que cuidarnos mucho
De que quieran revocarla.

SEVERO.

Para que ésto no suceda
Haremos una jugada.

TORCUATO.

Mientras Us. la piensan,
Yo quiero buscarme trazas,
Para ver si traigo á Celso,
Que sobradamente tarda;
Y en tanto que yo regrese,
Us. aquí me aguardan. (Vase.)

BALBINO.

Calva es la ocacion, lo sabes.
Bien es que vayas.

SEVERO.

Bien, anda!

TORCUATO.

Mas sabed que tambien yo
Tengo una parte en la paga.

ACTO CUARTO.
ESCENA PRIMERA.

SEVERO Y BALBINO.

[Aparecen los dos arrimados a la pared contigua al sepulcro de Fabia, mirando y remirando continuamente hacia la galería del foro.]

SEVERO.

¿Qué te parece mi plan?

BALBINO.

¿Qué me parece? Magnífico.

SEVERO.

De este modo hemos de hacer:
Después de prender al chico
Lo llevamos sin tardanza
No á su padre, que hay peligro
De que absuelva Venustiano;
Sino donde el César mismo,
Donde el divino Galerio,
Que es del prefecto enemigo.
De este modo á un solo golpe
Tres ventajas conseguimos:
La primera, aseguramos
El sextorcio que ha ofrecido
El prefecto.

BALBINO.

¡Padre necio!
Pague la muerte de su hijo.

SEVERO.

La segunda es, que del César,
Nueva paga recibimos;
Y la tercera, que hacemos
Ser prefecto á Maximino:
El cual, sin duda, muy grato

Pagará nuestros servicios,
Puesto que nos va [á deber
Empleo tan distinguido.

BALBINO.

A tí te harán centurion;
A mí, procónsul de Egipto.

SEVERO.

Calla necio.

BALBINO.

Juro á Baco,
Que, si logro ese destino,
Le haré un templo mas hermoso
Que los de Efeso ó de Gnido.

SEVERO.

Mucho se tarda Torcuato,
Tiempo es ya de haber venido.

BALBINO.

Mucho tarda.

SEVERO.

Mucho tarda,

BALBINO.

Y estamos en gran peligro,
Solos en estas cavernas
Y cercados de enemigos.

SEVERO.

Yo temor á nadie tengo,
Ni aun al Cancerbero mismo;
Pero me irrita la burla
Que el vil Torcuato nos hizo;
Dejándonos aquí solos

Por tanto tiempo el maldito.
Pues, por Hércules, prometo
Que á este renegado inicuo
Le burlaré yo á mi turno;
Y, por todos sus servicios,
Ni un óbolo ha de tomar
De mis manos el judío.
A estos apóstatas viles
Les detesto y abomino,
Y les ultrajo y afrento
Despues que de ellos me sirvo.

BALEINO.

Tienes razon, camarada,
Yo tus dictámenes sigo.
La constancia debe ser
De los hombres distintivo;
Y el que pérfido traiciona
A sus mas fieles amigos,
Y sacrilego se atreve
A blasfemar como impío,
Es un infame á quien se honra
Poniéndolo en un suplicio.

SEVERO.

Contra la secta cristiana
Un odio mortal abrigo,
Porque sé que en sus altares
Se degüellan á los niños,
Porque profanan su culto
Con torpes, infandos vicios,
Porque adoran como á Dios
A cierto jóvon judío,
Pescador de Galilea
Y mago de mil prodigios.
Su padre fué Juan Bautista
Un carpintero de oficio,
Y Maria Magdalena

Su madre, segun me han dicho;
Y este mago, de una cruz
Espiró, al fin, suspendido.
Por esta causa aborrezco
La secta del cristianismo,
Porque esta secta de esclavos
Es una secta de impios;
Mas, con todo, á los apóstatas
Con odio y rabia les miro,
Porque son unos cobardes
Pérfidos, tereos, indignos.
¿Qué dijeras de un soldado
Que infiel á sus compromisos
Por una vil ambicion
Traicionara á su partido?
Houra es morir como Régulo;
Ser traidor es ser iniuo.

BALBINO.

Pues, por mi águila te juro,
A fuer de quien soy, Balbino,
Que desprecio á ese Torcuato,
Como á un fiero basilisco,
Y tengo horror de ponerme
A lado de ese bandido.

SEVERO.

Yo despues que por su medio
Mire mis planes cumplidos,
Le he de arrimar mis dos puños
A sus enormes carrillos.

BALBINO.

Calla, Severo, alguien viene.

SEVERO.

Será ese infame vendido
Que á los dos aquí plantados

Nos ha dejado, hace un siglo.

BALBINO

Él es. Serémos prudentes.

ESCENA SEGUNDA.

DIGIROS Y TORCUATO.

SEVERO.

Nos ha burlado, mi amigo. (A Torcuato.)

TORCUATO.

Ah! si supieran Ustedes

Cuántos y cuántos conflictos

He tenido que pasar,

Cuánto de andar he tenido

Por hallar á Celso....

BALBINO.

Y, pues?

TORCUATO:

Ya viene..

SEVERO

Mirémos listos:

Al llegarle lo prendemos.

TORCUATO.

No: que tengo de advertiros

Que se viene acompañado

Con otro jóven su amigo;

Tan luego que éste le deje

Entónces, sí, no hay peligro.

SEVERO.

Pero si el tiempo nos urge...

TORCUATO.

Pero ésto nos es preciso.

—A quien yo estreche en mis brazos,

A quien dé un beso de amigo,

Ese es: prendedle.

BALBINO.

(¡ Qué pérfido!)

SEVERO.

Bien, quedamos advertidos.

TORCUATO.

Ahora, ocultémonos quedos,

Para atisbar sin ser vistos.

BALBINO.

Por ahí vienen.

(Aparecen á lo léjos Celso y Justino.)

TORCUATO.

Idos luego;

Que si no, todo es perdido.

(Desaparecen los tres por la galería de la izquierda.)

ESCENA TERCERA.

CELSO Y JUSTINO.

JUSTINO.

(Despidiéndose.)

Tú quedarás aquí, como acostumbras;

Yo regreso de nuevo al mismo punto

Do estuvimos: que tengo un grand asunto...

¡ Adios Celso!

CELSO.

Ténte un rato, Justino,

No me abandones ¡ay! con tanta prisa.

JUSTINO.

Ah! que tengo de hacer, por que una misa
Se diga ante los mártires. Previno
El Papa, que en la cárcel numantina
Se administren los santos sacramentos
A aquellos que en los últimos momentos
Del martirio se ven.

CELSO.

Santa, divina
Comision llevas; mas detente un rato,
Que aun tengo que decirte muchas cosas,
Y las horas discurren presurosas.

JUSTINO.

Mas debes advertir que no dilato.

CELSO.

Y tú advertir debieras que es posible
Que no miros mañana lo que hoy miras....

JUSTINO.

¿ A hablarme de ésto vuelves? Oh! me admiras.

CELSO.

Admira que es posible que estés dando
A Celso la postrera despedida.
¿ Qué sé yo si mañana estaré vivo ?

JUSTINO.

Calla, Celso, por Dios. Te lo prohibo.... (Le abraza.)
Si te callas, difiero mi partida.

CELSO.

¿ Y sabes que estoy lleno de alborozo ?

Do el eco de mi voz tal vez retumba,
Y á Fabia misma á despertar se atreve.
¿Quién, sino tú, podrá cuidarla tanto?
¿Quién regarla sabrá de hermosas flores,
Quién cubrirla de tibios resplandores,
Y quién bañarla de fresca y llanto?

CELSE.

¿Y qué puedo esperar yo en este vallo
De eterno padecer, de amargo duelo?
Qué me puedo ofrecer este vil suelo
Que en crudo acibar empapado no halle?
Qué es un huérfano triste en este mundo?
Sin lastre, sin timon, es navcilla
Que errante por el mar, camina sola,
Azotada al empuje de ola en ola,
Hasta arrojarso náufraga en la orilla,
Desgarraron mi pié rudos abrojos,
Cansados de llorar están mis ojos,
Ayl sin ver que una mano compasiva,
La lágrima enjugara fugitiva.
Arrancada al pesar y los sonrojos.
La vida, para quien perdió á una madre,
Es larga historia de afliccion y penas,
Y no hay gozo ni dicha que le cuadre
De negra soledad en las cadonas.
Al huérfano infeliz no hay mas consuelo
Que pensar en la muerte y en el cielo.

JUSTINO.

¡Ah Celso, ah Celso miol á tus palabras
Se arranca el corazon, se allaga el pecho;
Y no sé qué decirte; se reanuda
La voz en mi garganta comprimida;
Queda ahogada mi voz, mi lengua muda.....

CELSE.

Animate, Justino y no te asombre
Al decirte que el hombre
Es sutil niebla, breve flor del campo
Que se agosta fugaz del sol á un lampo;
Antes que el prado mágica enalumbro,
La vida es el destierro y la amargura,

Y nosotros pasamos cual mendigos
En extraña nacion. Poco nos dura
El consuelo que prestan los amigos;
Al querer abrazarlos, en la huesa
Se esconden, reducidos á pavezca.
Léjos ya de este suelo, en las estrellas,
Unidas vagarán nuestras dos almas;
Si unimos en el suelo nuestras huellas,
Uniremos arriba nuestras palmas.
Y oh! qué dulce ha de ser partir dichoso
De este triste destierro,
Ofrendando la vida al bondadoso
Señor que en las alturas galardona,
Con fúlgida corona,
La sangre que vertió candente hierro.
Oh! qué hicieras, Justino, si mañana
Me vieses en el circo entre las fieras
Bañado con mi sangre?: dí, qué hicieras?

JUSTINO.

Morirme de dolor.

CELSO.

Alma pagana

Parece que tuvieras, caro amigo.
Alegrarte debieras en mis glorias;
Y si tienes pesar por mis victorias
Mi amigo no serás, sino enemigo.

JUSTINO.

Ay Celso! no es por ésto,
Mas, sí, porque dejarme quieres presto,
La guirnalda del mártir es hermosa,
Mas ella no se posa
En sienes pecadoras cual la mia,
Sino en la frente plácida del justo.

CELSO.

La palma hermosa del martirio alcanza
No el que llora en menguada cobardía,
Sino el que ora fundado en la esperanza.
Si otra vez me prometes, hoy, cumplirme

Lo que ya tantas ofrecido tienes,
Espera entónces valeroso y firme
Alcanzar el laurel para tus sienes.

JUSTINO.

Dudas de mi promesa?

CELSO.

Bien, no olvides
Que mi tumba ha de ser esta caverna.

[Señalando la que está bajo la cripta de Fabia.]

Consolar á mi padre. . . .

[Se cubre el rostro con las manos, en ademán de llorar.]

JUSTINO.

Cuanto pides
Realizado será cumplidamente.

CELSO.

No puedo mas, no puedo.

JUSTINO:

No te aflijas:
Tu amigo cumplirá cuanto le exijas.
Consuélate, por Dios! piensa en la Iglesia,
Que tal vez de tí, Celso, necesita,
Cuando la cruda tempestad arrecia. . . .
Quisiera estar contigo,
Mas es fuerza dejarte, caro amigo,
Siquiera tus pesares considero.
Un abrazo: me voy.

CELSO.

Será el postrero. [Se abrazan.]
¡Justino adios!

JUSTINO.

Adios! pero contigo;

ESCENA CUARTA.

CELSE.

¡Oh tierna madre mía!
Acude en mi dolor;
Y dame en mi agonía,
Heróico y fiel valor!
Valor, en mis tormentos,
Valor, madre, te pido;
Escucha mis acentos,
Y, adios! que me despido!

ESCENA QUINTA.

CELSE, TORCUATO, BALBINO Y SEVERO.

[Mientras Celso exclama en su monólogo, como poseído de un éxtasis; sale Torcuato de la galería de la izquierda y llama á los otros dos interlocutores.]

TORCUATO.

Solo ha quedado, venid!
Venid pronto, que ya es tiempo. (Salen Severo y Balbino.)
(A Celso.) Salud, hermano, salud! (Lo abraza.)

CELSE.

Hermano mio! (¡Qué veo!) (Mirando á los soldados.)

SEVERO.

De orden del emperador,
Es Usted, oh jóven! preso,

CELSE.

Pronto estoy á vuestras órdenes,
Ejecutad vuestro intento.

SEVERO.

Es Usted un criminal,

TORCUATO.

Es un cristiano.

BALBINO.

Un perverso.

SEVERO.

O deja de ser cristiano,
O la muerte y los tormentos.

CELSO.

El tormento es mi delicia,
La muerte todo mi anhelo.
¿Tú, Torcuato, contra mí?

TORCUATO.

Lígame bien, por el cuello.
¡Cuidado que se os escape!
¡Cuidado que es un perverso!

~~FIN DEL ACTO~~

ACTO QUINTO.

TEODOTO Y CRISANTO.

(Al descender el telón aparecen los dos, cavando el uno un sepulcro bajo la cripta de Ebia, y separando el otro la tierra que se desprende de la roca.)

CRISANTO.

Parece que en cuanto á lo ancho
Está acabada la bóveda.

TEODOTO.

Para el cadáver de un hombre
Este espacio basta y sobra.

CRISANTO.

¿Quién te ordenó que caváramos,



Hermano mio, esta fosa?

TEODOTO.

El presbítero Gaudencio,
Y un jóven.

CRISANTO.

¿Cómo se nombra?

TEODOTO.

No lo sé; más me dijeron
Que la tumba ha de estar pronta
Para las vísperas.

CRISANTO.

¿Sí?

Pues entónces va bien la obra.
¿Para algún mártir tal vez?
¿Para quién es esta fosa?

TEODOTO.

Para un santo confesor
Que será mártir á esta hora.

CRISANTO.

¿Su nombre?

TEODOTO.

No lo recuerdo.
Se me fué de la memoria.

CRISANTO.

¿Y su familia y su patria?

TEODOTO.

Como en la tierra no hay otras;
Es un patricio muy noble.

De familia senatoria,
Un jóven de raras prendas,
El lujo y gala de Roma.

CRISANTO.

¡Qué portentos y milagros,
Que me confunden y asombran!

TEODOTO.

¡Venturoso de aquel jóven,
A quien por suerte le toca
Ascender hoy al paraíso!

CRISANTO.

Mas ¿quién sabe? Muy dudosa,
En estas crudas batallas,
Es la palma de victoria.

TEODOTO.

Pero Dios á los que escoje
Con mil gracias les conforta,
Que vencen á los vordugos
Y á los tiranos derrotan.
Cuántos mártires han visto,
Qual lecho de frescas rosas,
El ceñilo y las parrillas
Y la hoguera aterradora.

CRISANTO.

La tierra que va saliendo
Léjos: mas léjos arroja.

[Tomando una medida de madera ó introduciéndola en la bóveda.]

La medida, —. Qué?: ni un dedo
De la medida me sobra.

TEODOTO.

Viniendo otra vez al mártir,
Para quien se hace esta fosa,
Dicen que pasó por él.

Una cosa aterradora.
De los tres que le prendieron
Uno murió á pocas horas
En las garras de un leon;
Los otros dos por una osa
Se vieron acometidos,
Salvándose á mucha cósta,
Con las carnes desgarradas
Y las piernas casi rotas;
Pues los tres habian estado
En el circo.

CRISANTO.

¡Triste cosa!

TEODOTO.

Dicen mas: que el jóven mártir
Mostró fuerza tan heróica,
Que avergonzado Galerio,
Loço de furor y cólera,
Ordenó que se le arroje
A las fieras mas rabiosas;
Pero que ellas ¡oh portentol
Se tornaron cual palomas,
Y el santo, en éxtasis dulce,
Entregó su alma dichosa.

CRISANTO.

Y despues?

TEODOTO.

Aquí termina
Esta memorable historia.

CRISANTO.

Junto con la narracion
Terminada está la fosa.

ESCENA SEGUNDA.

DICHOS, EL PREFECTO Y UN CRISTIANO.

(Aparece el prefecto por la galería de la izquierda, guiado de otro cristiano, que al dejarle en la entrada de la celda verna se despide.)

VENUSTIANO.

Este es el sitio ¡Gracias mil, hermano!

CRISTIANO.

Adios Señor!

VENUSTIANO.

Adios! Mas ahí le ruego
Se digne regresar.

CRISANTO.

Volveré luego. (Vase.)

VENUSTIANO.

(Torno ya, Fabia amada, tierna esposa
Torno á regar con lágrimas tu losa.)

(Crisanto y Teodoto que habian estado ocupados con recoger sus instrumentos, advierten la presencia de Venustiano.)

TEODOTO.

(¿Quién es?)

CRISANTO.

(¿Quién viene?)

TEODOTO.

(Guárdat el: el prefecto!)

CRISANTO.

(Santo Dios! El prefecto, quién creyera!)

TEODOTO.

(Huyamos!)

(Al ir á fugar los mira el prefecto y deteniéndoles:)

VENUSTIANO.

Aguardad. Qué?... deteneos!
Si correis por cristianos,
No tenéis que temer, sois mis hermanos.

CRISANTO.

(Cristiano?)

TEODOTO.

(Qué prodigio!)

CRISANTO Y TEODOTO.

(Postrándose.) A vuestras plantas.

VENUSTIANO.

¿ Por qué os postrais? Alzad, alzad del suelo;
El prefecto no soy, sí, vuestro amigo.
Habladme sin recelo.

(Reparando en la recién abierta cripta.)

Otra tumba?

CRISANTO.

Señor...!

VENUSTIANO,

¿Qué significa?

CRISANTO.

Es la tumba, Señor, que se prepara

Para los restos santos
De un nuevo mártir, que hoy se añade á tantos.

VENUSTIANO.

[Un mártir! Dios eterno! Qué noticia!
Y cómo no he dejado este recinto
Para salvar al mártir? Con su sangre
Mi rostro criminal se encuentra tinto!]
¿Habeis visto á mi Celso, por ventura?

CRISANTO.

No Señor.

VENUSTIANO.

Y sabeis quién es el mártir?

TEODOTO.

Un tierno adolescente
En linaje y virtudes eminente.

VENUSTIANO.

Huérfano ó con padre?

CRISANTO.

Lo ignoramos.

TEODOTO.

(A Crisanto.)

(Crisanto, hermano mio, qué aguardamos?)

(A Venustiano.)

Señor, á vuestras plantas.

VENUSTIANO.

Un momento,
Os suplico, por Dios, estéis conmigo;

Es propio de cristiano sentimiento
Consolar á los tristes.
—¡Oh mísero, fatal y pobre padre!
El que tiene de ver este sepulcro
En cuyo fondo puestos
Del hijo de su amor serán los restos.
¡Pobre padre, infeliz y desgraciado!
Si el hijo que lo quitan
Fue el único quizás de sus amores,
Si muerta llora á la querida esposa,
Y prueba como yo, hiel de dolores.
¿El nombre de este padre no supisteis?

TEODOTO.

No, Señor.

VENUSTIANO.

Saturado de amargura,
Vestido el corazón de horrible duelo,
El triste, inconsolable, infeliz padre
Gemirá sin consuelo.
A la entrañable, paternal ternura
No hay desgracia mas dura
Que perder á los hijos.
Mas ¡ay dolor! si el hijo es uno solo,
El perderlo es perder la misma vida.
El mundo contemplad de polo á polo
Y ved si hay pena que con esta mida.
El hijo para un padre es la esperanza
De sus postreros, desvalidos años,
Es el único amor que jamas cansa,
Ni acibara con tristes desengaños.
Y oh! quien lamenta prófugo en el mundo
Muertas llorando sus queridas prendas,
Para quien es la tierra impuro lodo,
El hijo postrimero que le queda
Es su vida, su amor, su dicha y todo.
Sabedlo, hermanos míos: yo á la tierra
Detesto como á cárcel de dolores,
No hay dichas para mí, gozos ni flores,
Un rudo cambrenal á mi alma cierra.
Como errante proscrito en un desierto,
Voy viajando en el mundo solitario;
Y el mundo es para mí terrible osario;

Amigos y muger, todos se han muerto.
Y si este suelo piso todavía,
Es porque un hijo de mi amor me resta,
Sin mirarle no paso un solo día;
Y al perderle, mi Dios! me moriría.
Ah! por esto me duelo de esos padres,
Que con afán prolijo
Contemplando el hogar desamparado,
Llorando clamarán mártir á su hijo.
Dicha grande es ser mártir, grande gloria,
De que la logre Celso yo me holgara;
Mas despues que me encuentre en el sepulcro;
Antes no: me matara.
¿Qué me importa de Celso la victoria,
Si ha de dejar por ella al padre triste?
No, muera, nó, miéntras su padre existe.
Y un hijo como Celso ¿dónde se halla?
Tan lleno de humildad, tan mauso y bueno,
De amor y caridad se abraza lleno;
O me habla mil ternezas, ó se calla.
Oh! dónde está?: decidme. No le visteis?
Vosotros que sabeis estos lugares,
Encontrarle podreis sin fatigaros;
Si le mirais decidle que se venga,
Que léjos de su amada vista pene
Abrumado de duelos y pesares.

CRISANTO.

Quedad con Dios, Señor.

TEODOTO.

Vamos á verla.

VENUSTIANO.



Decidle si lo hallais que venga listo,
Que un año me parece no le he visto;
Que todo pronto está; pues, el buen Cayo
Perdonando mi culpa, en la grey santa
Mi nombre colocó; que el plazo fijo
Para el bautismo está; que su venida
Aguardo para hacer lo que me resta,
Y salir de esta Roma fementida.

TEODOTO.

Le diremos, Señor.

TEODOTO Y CRISANTO.

A vuestras plantas.

VENUSTIANO.

Que Dios, hermanos míos, os asista.

ESCENA TERCERA.

VENUSTIANO.

(Mientras habla Venustiano, empieza á sonar á lo lójes la música, a breves intervalos, haciéndose cada vez mas perceptible.)

Feliz el mártir que alcanza
Ver cumplida su esperanza,
Ver llenado su deseo;
¡Infeliz de mí! que veo
Que mi desdicha se avanza.
Mártir! que vienes al lado
De esta tumba que venero,
De Jesus crucificado
Benigno alcances espero
El perdón de mi pecado.
Tenga dos intercesores
Para lograr lo que pido,
La esposa de mis amores,
Y el mártir que hoy ha subido
Del cielo á los resplandores.
Acrbo y rudo tormento
A mi alma aflige y destroza,
Y que naufrago rebosa
Mi pobre corazón siento
En mar de hiel horrorosa,
Ya no resisto al embate
De mis airadas pasiones,
Ya mi espíritu se abate
Parece que en mi combate
Un millar de corazones.

Ya me decido unas veces
A recibir el bautismo,
Ya tornándome al abismo,
Siento inflamarme con creces
En amor al paganismo.
Me aguardan si soy cristiano
Muerte, infamia y vituperio;
Mas si prosigo pagano.
Me espera, como á romano,
La diadema del imperio.
Y en este cruel batallar
Sin perder y sin ganar,
No me puedo decidir,
Y entre penar y penar
Dejando voy de vivir.

ESCENA CUARTA.

[Asoma Justino por la galería de la izquierda, lleno de agitación, trayendo dos guirnaldas de flores en las manos; y dice los primeros versos sin apercebirse de la presencia de Venustiano. La música se acerca mas y mas á la escena.]

JUSTINO.

(Lista está, lista se halla ya la tumba!
¡He cumplido tu encargo, Celso mio!
¡Jesus!.....Aquí el prefecto!)

VENUSTIANO.

¿Qué retumba?...
Celso? Celso?... ¿Qué esucho?... ¿Desvario
De uno y otro peaar á la balumba?
¿Tú?... Justino?... de Celso confidante,
¿Dó dejaste á mi Celso? ¿Dó le viste?

JUSTINO.

¡Oh! padre sin igual, dichoso y triste,
Huye de aquí; y aparta prontamente!

VENUSTIANO.

Jugando está quizás el inocente,

Olvidando á su padre, entre cabriolas!
¿Dó está mi hijo? Responde, te lo ruego!

JUSTINO.

Ceñido de laurel y de amapolas
Del éter surca las lucientes olas!
Padre feliz! aparta, aparta luego.

VENUSTIANO.

¡Ingrato, ingrato Celso, cual me olvida,
Por inútiles, vanas travesuras;
Ignora que su padre da la vida
Cercado de terribles amarguras,
Rasgado el pecho con profunda herida.

JUSTINO.

¡Pregúntame, señor, cómo no muero,
Cuánta pena mirándote recibo;
Cómo muriendo, sin morirme vivo!
¡Oh aléjate, señor, huyo ligero!

VENUSTIANO.

¿Por qué te muestras contra mí severo,
Justino, tú también? Por vez postrera:
¿Viste á Celso?... Respóndeme siquiera...
¿Te callas? Ah! de Dios por el gran nombre...

JUSTINO.

¡Oh tormento sin par! ¡Oh pena fiera!
Perdóname, señor, y no te asombre
Que te abrace y te bañe con mi lloro...

(Se arroja en los brazos de Venustiano.)

VENUSTIANO.

Y ¿qué misterio es este que yo ignoro?
Por qué no puedo, Celso amado, verte?...
Una desgracia acaso!... Sí... no ignoro;
Entre tanta desdicha que deploro....
Oh! mándame, Señor, manda la muerte!...

ESCENA QUINTA Y ÚLTIMA.

VENUSTIANO, JUSTINO, ACOMPAÑAMIENTO
DE CRISTIANOS.

(A lo último de la escena anterior, mientras Justino llora entre los brazos del prefecto, sale de la galería de la izquierda una larga procesion de cristianos, que se colocan á uno y otro lado del teatro, llevando hachas y ceras encendidas. Al medio de la procesion aparece en alto un pequeño féretro, sobre el que se descubre un cadáver cercado de flores; los que cargan el féretro se adelantan á la comitiva y lo depositan al pié de la recién abierta cripta.)

UN CRISTIANO.

¡El prefecto! ¡El prefecto!

OTRO.

¡El padre! ¡Oh triste!

OTRO.

Y el hijo muerto aquí!

VENUSTIANO.

¡Jesus! yo muero!

JUSTINO.

[Tratando de detener al prefecto que intenta precipitarse sobre el féretro.]

¡Cubrid esos despojos! ¡Dolor fiero!...

VENUSTIANO.

Celso, hijo mio, Celso, Celso!!!

[Cae desmayado en brazos de Justino, y los que lo rodean se precipitan á socorrerlo.]

JUSTINO.

Disto,

Padre feliz! al mundo otro lucero!

Fin del drama.

ERRATAS TIPOGRÁFICAS SUSTANCIALES.

PÁGINA	LINEA	DICE	LÉASE
13.....	19.....	Vive.....	Vine
23.....	13.....	hemano.....	hermano
ib.....	16.....	dirgiéndose.....	dirigiéndose
26.....	12.....	escogitado.....	excogitando
30.....	20.....	perfecto.....	prefecto
ib.....	22.....	persegidor.....	perseguidor
ib.....	23.....	llegé.....	llegué
31.....	21.....	puede.....	pude
34.....	19.....	ven, hijo mio....	ven, hijo mio,
37.....	22.....	su.....	se
40.....	9.....	Balzino.....	Balbino
43.....	14.....	Balbjuo.....	Balbino
44.....	28.....	<i>grade</i> asunto....	<i>grande</i> asunto
47.....	35.....	ánimate, Justino..	ánimate, Justino,
49.....	17.....	Rustino.....	Justino
50.....	21.....	Que veo.....	Qué veo
53.....	21.....	frescas rosás.	frescas rosas
55.....	13.....	Crisanto.....	Cristiano
56.....	5.....	mira el prefcto...	mira el prefecto

Las faltas en gramática debidas á nuestro poco saber, las suplirán la inteligencia, á instrucción de los lectores.

